

CARLOS YUSHIMITO

***UNA EQUIS ROJA***

Será difícil para cualquier aventurero que llegue hasta aquí olvidar el nombre de esta calle. La iluminan varias sortijas de luz: débiles legañas húmedas que penden de postes construidos hace más de seis décadas con los maderos que llegaron atrapados por la última inundación. El mapa la ubica discretamente en la zona sur, muy cerca de Ipanema, en los márgenes del viejo barrio de Cartola. La califica con una equis roja que en la leyenda queda traducida como 'precaución'. Pero los vagos reflejos de sus hilos eléctricos, desde mucho antes de verlas, sugerirán que no puede existir mejor fauna para esta comarca inaudita: morenas vanidosas que blanden sus cuerpos en las veredas, mitad vegetación, mitad asfalto. Los brillantes abalorios que llevan en sus cuellos son una buena imitación del lugar, y añadiré que son como ellas mismas; collares de bisutería que, pese a la vulgaridad de su industria, les dan fama de ser las más refinadas y exclusivas putas de mi establecimiento. Aquí prolifera la libertad. Yo le llamo turismo alternativo. Una equis roja. Por ello, a fin de revertir esta ciudad que han delimitado los inspectores, un mulato reparte publicidad –burdamente tatuada en volantes de imprenta–, a los turistas que recorren la costa lejos del Corcovado y el Pão de Azúcar, y mantienen en la mirada esa urgencia característica que los hace confesarse con cualquier desconocido que parezca tener respuestas. Por lo que a mí toca, ninguno de los clientes que ha encontrado el camino hasta aquí puede decir luego que se ha marchado insatisfecho.

Salvo Hidalgo, el español que llegó por primera vez hace cinco años. Pero, ¿qué diré? Él es la excepción a toda regla que define nuestro género; el único hombre que conozco que ha sido capaz de enamorarse perdidamente de una puta con el oficio aún latiendo. Desde entonces nada ha logrado disuadirlo. Las meninas juegan bromas con él, lo compadecen, lo consultan cada vez que tienen algún dilema; y se le insinúan, sin tregua, con esa absoluta rebeldía que se permiten al saberlo un animal indefenso. Permanece siempre así, como ahora. Fuma un cigarrillo, picoteando de cuando en cuando el diminuto muñón de tabaco que sobrevive en sus dedos, y finalmente se oculta en una ensimismada tristeza de la que sólo es capaz de rescatarla Dulce, mi puta más requerida. Entonces, su rostro casi tan afilado como la arista de un lápiz, y sus ojos, avispados y directos, se deslizan con una vivacidad asombrosa hacia todos los espacios que ella deja vacíos. Y, aunque sonría con poca frecuencia, en esos momentos su piel se tensa con una alegría que contagia una dolorosa solidaridad. Es alto, más bien encorvado, tiene una barba ceniza al rape y todos aquí lo conocemos como Hidalgo. Su apellido y su edad —incierto pero definitivamente lejano— inspiran un antiguo respeto.

Hace tres años que empezó a quedarse, de un modo tan definitivo e invisible a la vez que en algún momento su vacío se había hecho tan necesario que no hubo motivos para dejarle partir. Fue como una pierna amputada que seguía teniendo calambres; como si su tristeza, de alguna manera, se hubiera vuelto necesaria para equilibrar los desbordes de júbilo que hacen tolerable el oficio de mis niñas. Por eso, dos años después de extirparse todos los ahorros de su vida, cuando los bancos cancelaron su última hoja de crédito y descubrió que su portugués balbuceante y los residuos de su edad le impedirían sobrevivir fuera de aquí, le conservamos como a un perro callejero al que se ha cogido cariño, con una amistad incondicional. A cambio de un tabuco que ya ninguna de las meninas quería usar, una ración discreta de tabaco negro y alcohol sobrante de los vasos, mi establecimiento ganó un barredor. Y ellas ganaron un padre.

No lo diré nunca, pero sé que su mejor paga es conservarse cerca de Dulce. Se le ve en ese par de ojos huecos que siempre carga, mirando la única razón que tuvo para arruinarse aquí. Él, en su locura, seguramente afirmará que ha sido su riqueza. Sin embargo, lo extraño es que, jamás mientras fue adelgazando sus finanzas con nosotros, se atrevió a comprar el costoso vicio de la que siempre ha sido la más rentable de mi corte. Alguna vez lo vimos irse con Genoveva, pero en silencio y para dormir soñando con la otra. Y, aunque luego dijo que había sido la cachaza, no lo justifiqué. No lo justifico ahora. Siempre ha estado acatarrado con ese virus de espanto que, según la perspectiva de quien lo mire, algunos llaman amor. Y que yo llamo ocio. Como la poesía, la belleza de Dulce tampoco llegaré a comprenderla bien. Pero Guimaraes, un ingenioso inspector municipal, tiene una teoría al respecto. Dice que los hombres encuentran en ella esa basta sensualidad que ha heredado del nordeste y que eso los atrae fijamente como los abismos. Por mi parte, a veces pienso que esas tetas grandes de silicona y los muslos robustos que le han trabajado las pendientes, tal vez embrujan a los hombres porque en la invitación de su rostro, en la seguridad de su mandíbula fuerte y las cejas pobladas, hay como una promesa de docilidad que nadie espera. Como una conquista que todos los tímidos e indecisos han querido conseguir, y que de otro modo sólo estaba reservada a los verdaderos héroes.

Me apoyo en la puerta de mi oficina, acalorado por esta primavera temprana que no aplacan los ventiladores; y allá, a pocos metros, veo a Hidalgo reteniendo a Dulce con una conversación trivial con la que intenta evitar, inútilmente, lo que ya sabe que llegará a su tiempo. Algo le dice con poca retórica, nervioso, apretando fuerte las mandíbulas como las fibras de la escoba contra el suelo.

Una negativa.

Como siempre, ella sonríe con una resignada madurez.

“De niña me gustaba cabalgarla”, recuerda Dulce, acariciando sin morbo ese madero que el viejo sostiene con las dos manos.

“Imaginaba que era el hermoso caballo blanco en que vendría a rescatarme el príncipe de los cuentos de hadas”.

La sonrisa dura del hombre, el brillo inexpresivo de sus ojos, es un desafío a la felicidad.

Él la llevaría a cualquier lugar del mundo.

Pero ella se apresura:

“Eres como un padre para mí”.

Sí, Dulce es diferente. Ella no puede soñar con algo que jamás ha tenido.

Entonces llega el momento de intervenir.

“Ya voy, señor Sancho”, camina sin dejar de mirarle, acercándose a mí. Respondiendo a mi llamada del modo dócil que al señor Guimaraes le gusta. Del modo en que a todos los hombres le gusta ella.

Me gusta que me llame señor.

Estos días hay poco movimiento en la calle. Habrá que esperar aún a que llegue el verano, y con él el carnaval, para que las coquetas luces enciendan su invitación en este cuello al borde del océano. Para entonces las cosas serán como antes. Ya no existirá ninguna razón para que mi establecimiento se halle forrado en polvo, como en estas últimas semanas. Por ahora, nadie hay quien lo limpie las tardes como hoy, en que el inspector Guimaraes se mete a la habitación de Dulce, y *Caixa de fósforo*, el fornido negro que le acompaña cuando aquél atraviesa los lugares prohibidos del mapa que confecciona, cuida la puerta en el corredor con su enorme estilete al descubierto. Guimaraes le llama al par de horas que gasta dentro ‘día de allanamiento’. Y yo me río de una manera que parece honesta. Sin embargo, en la habitación contigua hay alguien que realmente lo pasa mal. No holgazanea Hidalgo mientras escucha el sonido de los resortes, el respaldar de la cama trotando contra el parqué y los gemidos de yegua con los que he pedido a la menina que pague a nuestro ilustre visitante, la deuda de una nueva equis roja en el mapa de la ciudad. Esa marca que, pese a todo, nos permite seguir existiendo.

En días como éstos, Genoveva le lleva al viejo su escoba en una silenciosa insinuación que ella, Hidalgo y yo sin duda comprendemos; pero nada logra conmoerlo. Sin devolver palabra, permanece absorto en su retiro hasta que una puerta que nunca ha podido violentar, sobrecogido de miedo por el gigante que la resguarda, se abre de par en par como sus pulmones. Pues hasta entonces con los ojos bien cerrados se ha mantenido así, al borde de la cama, enfrenteado a las aspas del ventilador que giran con una figura que sólo su imaginación descifra.

Como si luchara a solas contra ellas. Contra todos sus enemigos.